

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 4'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero » . . . 1'50 »

El 1.º de mayo

A fuerza de machacar en España el partido socialista obrero con una constancia digna de mejor causa, y ayudado por la burguesía y el Estado, que ven con gusto estos entretenimientos, la fecha del 1.º de mayo ha pasado á categoría de fiesta de almanaque.

En la mayor parte de las poblaciones obreras de España no se espera este día como el predestinado para enseñar los puños en alto prontos á descargar sus golpes contra la canalla que á la explotación añade el insulto y el atropello, sino que con ansiedad hojean los calendarios para ver si es hora de organizar las jiras campestres y de *contratar músicas* que han de alegrar al vecindario, anunciándole que ha llegado el día de la fiesta obrera, y que hay que celebrarla por... porque la han impuesto los obreros.

Esta es, seguramente, la única razón que darán los obreros de esas localidades que por medio de la prensa burguesa nos han anunciado con la debida anticipación, la serie de festejos organizados para hoy. Y darán esta razón porque no saben ninguna otra. Son trabajadores que educados en la más supina ignorancia, jamás han oído hablar de los grandes dolores del proletariado y se hallan conformes con las palabras de Cristo: «Siempre habrá ricos y pobres», creyendo que, providencialmente, á ellos les ha correspondido el papel de pobres.

Hay otra parte que llamándose consciente y revolucionaria explota esta fecha, haciendo desfilar en vergonzosa procesión, ante sus opresores, á la masa obrera inculcándole la idea de que debe mendigar lo que tan fácilmente puede conquistar, con cuyos actos, mientras los dirigidos pierden todo germen de rebeldía, los directores ganan la estimación de la gente de orden, preparándose á obtener actas de concejales y diputados y á disfrutar los sueldos que producen las plazas que los gobiernos crean para pagar su labor castradora de rebeldías.

Creíamos que este año el sentido común impediría la suspensión de las procesiones, que si ridiculas han resultado en años anteriores, resultan ahora denigrantes. Es el colmo de la ridiculez (no queremos darle otro nombre), que la clase trabajadora que este verano último ha sido objeto de todas las vejaciones; que la clase que cuenta por centenares sus presos y que ve que contra ellos se están celebrando Consejos de Guerra en Zaragoza, Bilbao, Barcelona, Madrid y otras poblaciones, desfila por debajo de los balcones del gobierno ó sus representantes invocando sentimientos de justicia y legislación obrera.

¡Pedir justicia al gobierno español! ¡A Canalejas! ¿No veís que sistemáticamente niega la amnistía, al amparo de la cual recobrarían la libertad muchos obreros, y en cambio indulta á Castrovido, el director de *El País*, al teniente coronel Piñal, al teniente Verdú y decreta ó recomienda la libertad de los catedráticos Ovejero, Bassteiro y Buyla?

¿No leéis la *Gaceta*, llena de concesiones de indulto para los que la actual sociedad califica de criminales, sin que aparezca uno para los presos por cuestiones sociales?

¿Habéis visto nunca castigar con mano tan dura los delitos cometidos con ocasión de las huelgas, como en los actuales tiempos de dominación canalejista?

Solamente de la última huelga de metalúrgicos de Barcelona hay un condenado en el presidio de Valencia á 17 años, ocho á varios en el correccional de Barcelona, y otros tantos que han tenido la suerte de poder pasar la frontera, y por sí esto fuera poco, aun hay en esta cárcel siete obreros acusados de formar un complot, confeccionado por el agente de policía Miguel Sánchez, y cuyo complot estuvo á punto de valer una cartera ministerial al actual gobernador de esta capital.

¿No encontráis, trabajadores, sumamente vergonzoso, pedir justicia al ordenador ó amparador de tanta injusticia?

Y más ridículo resulta todavía pedir al gobierno legislación obrera. Si la obtienen, ¿qué harán con ella? Tendrán que enviarla al departamento de trastos inútiles, para que haga compañía á la ley del trabajo de mujeres y niños, del descanso dominical y otras que no se cumplen porque á la burguesía no le da la gana de cumplirlas.

Recordando nosotros las razones que se alegaron para instituir el 1.º de mayo como una fecha—no una fiesta—de protesta contra los atropellos y la inicua explotación de que son víctimas los trabajadores, que no fueron otras que el recuerdo de las víctimas sacrificadas en Chicago á la voracidad de la burguesía norteamericana, esperábamos que las energías que hoy se derrocharán en manifestaciones, giras y músicas, se emplearían, por lo menos, en recabar la libertad de los presos por cuestiones sociales, cuya lista publicamos á continuación, no sólo para baldón del Gobierno que ordena las prisiones, como para vergüenza de los obreros que preocupados en actuar de comparsas olvidan á las víctimas del capital:

Barcelona.—*Félix Morteagudo, Agustín García, Federico Artigas, José Jimeno, José Salariich, Tomás Herreros, Juan García, Jaime Borrell, Augusto Martínez, Pascual Monzonis, José López, Juan Altet, Francisco Miranda, Francisco Cardenal, Antonio Salud, Federico Arnall, José Negre, Pablo Sabaté, Sebastián Rosado, Francisco Font, Manuel Montoliu, Pablo Ramón, Antonio Refregas.*

Oviedo.—*Marcelino Suárez, Antonio Vega, Sevilla.—Francisco López, Antonio Villegas, Pedro Zapata.*

Bilbao.—*Volney Conte Pelayo, Juan Romero, Honorato Sáez, Manuel Pazos, Alfredo Fernández, Sabino Moreno, Máximo de Diego, Francisco Zorrilla, Pio Abia, Eugenio López, Rufino Gutiérrez, Antonio Irigoyen, Candelaria Arza.*

Gijón.—*Emilio Reuldes, Francisco Fernández y Baltasar Colón.*

Chinchilla.—*Enrique Lorente, Vicente Salas, Fabián Sebastián, Manuel Agustín, Cefarino Gil, Antonio Lignes, Vicente Valdés, Lorenzo Bonet, Francisco Tarazona, Salvador Luñez y Francisco Escobano.*

Santona.—*Diego Barroso y José Castellvi.*

Figuerras.—*Daniel Rodríguez.*

Coruña.—*Faustino Leo.*

Córdoba.—*Juan Calzado.*

Logroño.—*Teodoro Corra.*

Ocaña.—*Juan Rodríguez.*

Zaragoza.—*Ángel Lacort, Pedro Fortea, Teresa Claramunt, Esteban Valero, Pascual Medina, Ricardo Cecilia, Modesto Salvador, Echegeyren, Sero, Francisco Crespo y Joaquín Cornago.*

Valencia.—*León Aráñez, Bautista Marcos, Francisco Rico, Juan Doménech, Manuel Villa, Francisco Ferrer, José Serra, Alfonso Saresto, Teodoro Vallet, Bautista Llopis y Francisco Soler.*

Gerona.—*Antonio Quiles, José Pol, Joaquín Rigano, Martín Pol.*

Huelva.—*Manuel Sánchez, Rafael Rueda, Manuel González.*

Hay que agregar los 20 condenados por los sucesos de Cullera, cuyos nombres no recordamos en este momento.

Todos son por cuestiones sociales. Falta en esta lista buen número de obreros pertenecientes á los partidos republicano y socialista, que se hallan presos por delitos políticos y de imprenta.

En lugar de pedir hoy á los poderes constituidos leyes y más leyes, debían de exigir justicia presentándoles como baldón la anterior lista, que es la carne lanzada á la fiera capitalista, como sumisión vergonzosa de un ministro que en otra época alimentaba todas las rebeldías.

Hacer esto; acordarse de los obreros presos, sería un 1.º de mayo más digno que el de las juergas, bailes y rendimiento de pleitesía á los causantes de tanta iniquidad.

No, Canalejas no puede aquilatar la magnitud de este mal, y eso sólo por no haber conocido la cárcel y sufrido allí las torturas de meses y meses largos, inmensamente largos, pasados en la incertidumbre más cruel, sino porque en el pecho de Canalejas no tienen su nido los sentimientos de piedad, conmovedores del corazón de los hombres, comoviendo y empujando al individuo á la realización de hechos heroicos, en el caso que nos ocupa de estricta justicia.

Culpemos al tirano que ha sabido hallar el triste recurso que la Historia calificará duramente, de desmentirse siempre, en cada acto, sin que el rojo de la vergüenza consiga marcar en su faz de payaso el juego que se expenda desde su interior.

Malo es que el capitoste de un partido político, sarcásticamente denominado democrático se porte de esta manera, pero hay algo que es mucho peor que todo eso.

Si los hombres representativos de los innumerables partidos de oposición que en España se pasan la vida tejiendo y destejiendo en la maraña política, empezando por Azcárate y terminando por Lerroux, si estos hombres se tomasen el pequeño trabajo de prescindir por unos días, ó por unos momentos de sus negocios prestando atención, dirigiendo la mirada á las cárceles y presidios donde tantos amigos, amigos ¿eh?, esperan el mana de la fábula; si persuadidos de la debilidad del Gobierno se propusieran aprovechar la ocasión favoreciendo á los que en el mitin electoral llaman enfáticamente «nuestros queridos presos» la libertad de éstos en forma de amnistía, indulto general, sobreseimiento ó indultos personales, sería cuestión de pocos días. Pero no lo hacen ni hay que confiar en que lo hagan por ahora.

Aquí en Barcelona donde el partido radical se jacta de tener el pueblo en un puño, no se ha hecho *ni se hará* por los periódicos campaña en favor de la amnistía.

Y si se nos objeta que ahora se han celebrado mítins á tal objeto, responderemos que si bien es verdad, también lo es que sus organizadores se han olvidado de darles aquella importancia propia de las cuestiones trascendentales. Esto aparte de que alguno de aquellos mítins no se ha celebrado, y en los que han llegado á celebrarse se ha notado la ausencia de buena parte de oradores, precisamente aquellos que por su significación política mayor cantidad de importancia habrían dado á cada acto de liberación.

Se comprende que se ha querido por los directores del cotarro, sentar un precedente para lo futuro, salir del paso lo menos mal posible y abrir una sepultura donde enterrar el recuerdo de la derrota prevista, haciendo responsable, por su falta de entusiasmo, al pueblo, ¡pobre pueblo! del fracaso.

La Comisión de diputados y senadores nombrada en Madrid hace ya tres meses, ha hecho un pan como unas hostias. Según se comprende no se dan cuenta sus ilustres componentes del enorme ridículo en que han caído, ó es que no les interesan las quejas de los pequeños, de los obreros, de los que eternos hombres sobre los cuales ponen sus pies los desaprensivos de la política ó de la pluma para subir á la cumbre de sus ambiciones impuras.

Suponemos disuelta la Comisión puesto que á la tercera ó cuarta visita, que esperamos sea la última, y cuando el señor Canalejas se ha mostrado menos complaciente, negando en redondo la amnistía y el indulto general, único motivo de existencia para la Comisión, sale ésta derrotada, pero satisfecha. ¿Qué ha pasado aquí?

¿Es que salen de la cárcel por remesas, ni siquiera poquito á poco, los condenados por la ley de jurisdicciones, los de julio, los de la huelga de septiembre? No señor.

Entre los individuos de la Comisión habrá alguno, de Castrovido estamos seguros, que habrá catado las *dulzuras* de la cárcel y no le ocurrirá lo que á Canalejas. ¿Cómo, pues, sale *El País*, del cual es director Castrovido, alborozado por haber sido indultados tras veintiseis meses de dominación canalejista y tras del nombramiento de la Comisión infértil, cuatro condenados por la ley de jurisdicciones y no de los más humildes para los que dicha Comisión dijo trabajar más directamente, sino dos directores de periódico, un redactor y un dibujante?

Cuando en un país se ven esas cosas tristes; cuando se consienten monstruosidades como la del «Ratón Peñal» que Gasset nos cuenta en uno de sus artículos resonantes permitido por ser su autor un privilegiado; cuando los hombres influyentes de los partidos democráticos y la prensa que el pueblo mantiene se resignan callando ante el general desquiciamiento de la rectitud, de la justicia y el derecho atropellados, de la libertad sin alas, ó hay que aprender algo de la oveja, ó castigar con el más soberano de los desprecios á los hombres que hacen bueno el dicho de los tenorios á las incautas muchachas caídas en sus manos: Si te he visto no me acuerdo.

No, por eso debemos dejar de luchar por la Verdad y la Justicia: sea acicate para nuestra misión santa precisamente la fuerza del enemigo. El porvenir guarda, sin fijar fecha, el triunfo de la justicia para aquellos que habrán dejado á sus hijos un testamento de rebeldías fecundas y enaltecedoras.

El respeto de los derechos individuales, es la base de la vida libre.
A. MENÉNDEZ

¿Fiesta?...

Fiesta de la Paz y del Trabajo se ha dado en llamar al 1.º de mayo. Pero, ¿qué fiestas del trabajo y de la paz pueden celebrarse mientras los obreros estén sometidos al yugo del capitalismo, y la «paz armada» arruine á las naciones y la guerra sea azote de los pueblos? No, no puede haber fiestas de los trabajadores en tanto éstos sean esclavos; no puede haber fiestas de la paz si la fuerza bruta sigue siendo la ley suprema de los Estados.

¡Fiesta del Trabajo!... Y la guerra entre la burguesía y el proletariado es cada día más enconada; y centenares de miles de obreros luchan contra el hambre por no encontrar ocupación para sus brazos forzosamente inactivos; y aun los que tienen un patrón que los explote no logran ver lejos de sí á la miseria; y en cambio los capitalistas hacen cada vez mayores ostentaciones de lujo, insultando así pueblo...

¡Fiesta de la Paz!... Y el ejército y la marina devoran los presupuestos de todos los países; y el fantasma de la guerra europea, que años ha se dibuja en el horizonte de la política internacional, no se desvanece; y Alemania é Inglaterra se disputan la supremacía de los mares, teniendo que hacer titánicos esfuerzos para mantener su poderío naval; y Francia y

España guerrean en Marruecos; y Turquía é Italia continúan luchando ferocemente por la posesión de la Tripolitania; y Rusia comete en Persia las más grandes atrocidades...

Y mientras las cosas sigan así; mientras no haya ocupación para todos; mientras los obreros sean esclavos económica y políticamente; mientras la paz sea sólo un bello ideal y la guerra una realidad odiosa, no hay fiestas que valgan, no hay que hablar de fiestas de paz y trabajo.

Cuando la paz sea un hecho inalterable; cuando con el material de los fusiles y cañones se construyan útiles de trabajo; cuando sólo los barcos mercantes surquen los mares; cuando todos y todas tengan su participación del patrimonio universal; cuando la raza de explotadores y los tiranos se haya extinguido; cuando en la tierra no exista la miseria, y la libertad y la justicia no sean como hoy pura ficción, podrá celebrarse espléndidamente la Fiesta de la Paz y del Trabajo.

Pero si en vez de paz y trabajo hay esclavitud y guerra, la fecha 1.º de mayo nada más puede ser recordatorio que á la burguesía haga meditar sobre su próximo fin como el use y al proletariado estimule á seguir luchando sin desmayos por su completa emancipación.

JOSÉ CHUECA

La inminencia del triunfo

Hay dos Cataluña, la obrera y la burguesa: del mismo modo que, generalizando el concepto, con rigurosa exactitud podemos decir: hay dos humanidades, la usurpadora y la víctima de la usurpación.

Ese dualismo es antinatural y antisocial. Es antinatural, porque, dada la unidad de nuestra especie, carece de base racional la distinción de las categorías sociales: hemos visto esclavos convertidos en reyes, y emperadores esclavizados; pordioseros elevados á la cumbre de la riqueza, y millonarios tronados que expiraban en un asilo benéfico y devolvían su materia al mundo en el montón anónimo de la fosa común; de la misma manera se ve en el lecho de un hospital el enfermo pobre en que se ensaya la operación ó el medicamento para curar al rico, que en el anfiteatro y en la mesa de disección el cadáver que sirve para la lección de fisiología y anatomía humanas, utilizable universalmente para todas las clases y para todas las razas.

Es antisocial, porque desconociendo la unidad esencial de la especie, que la razón abona, y rechazando la belleza armónica, hija del sentimiento que hubiese de reforzar la unión, lo substituímos con egoísmos y odios, y en lugar de una cosecha abundante de bienandanza y felicidad, recogemos cantidad inmensa de penas y dolores en el yermo estéril de una sociedad tiránica.

Pero por antinatural y antisocial que sea, ese dualismo existe, es reconocido y debe procurarse su destrucción.

Si en negar su existencia ponen empeño los privilegiados, los que, sin creerlo, quieren hacer creer que las categorías con sus accesorios tienen razón de ser y de esa manera juzgan á salvo sus privilegios de los ataques de los desheredados, se equivocan, porque lo cierto es que, si aquellos tienen en su favor la fuerza de la costumbre, la opinión tradicional y el mecanismo de las instituciones, en cambio son, como todos los egoístas, esencialmente insolidarios; el antagonismo de los intereses interpone entre ellos murallas infranqueables, y como sentimiento sólo tienen el odio y la indiferencia; hasta la comunidad de objetivo es en ellos ineficaz, y nunca el odio y el egoísmo que prestan el material para formar el *trust* y el *Pacto del hambre* darán frutos de vida.

Por el contrario, los desheredados tienen en su contra cuanto favorece á los otros, pero por razón y por sentimiento cuentan con la solidaridad de todos los que sufren, la que se manifiesta primero como aspiración, luego, poco á poco, como práctica, con intervalos en la lucha y en la persecución, y sobre todo con la comunidad é identidad del ideal, que cuanto más se comprende y más se acerca, más vivamente se desea, con mayor intensidad se ama, más fortalece la solidaridad y más influencia ejerce sobre la marcha progresiva de hombres y mujeres hacia la perfección.

Lo que es antinatural y antisocial ha podido venir sosteniéndose por otra fuerza, que pudiéramos llamar la artificial, que era tal fuerza en razón de la debilidad de su contraria, debilidad consistente en la ignorancia de los perjudicados; pero lo artificial, como accidental y circunstancial que es, se gasta, y lo natural, por su esencialidad íntima, persiste, es impercedero, y esa es la base de nuestro derecho como trabajadores, de nuestra esperanza de redención como víctimas de la sociedad, de nuestra fuerza como entidad pensante y activa, y aun pudiéramos añadir de la debilidad y cada vez más floja resistencia de nuestros tiranos.

Afortunadamente vivimos en el siglo xx, siglo en que la capa social más baja ha formado su enciclopedia con esa prensa obrera activa, ilustrada, fecunda, que lleva el minucioso rigorismo de su análisis y de su crítica á todas las profundidades y á todas las emi-

nencias; siglo en que los parias, los esclavos, los siervos, transformados en jornaleros, despojados de toda preocupación, libres de todo falso é inmerecido respeto y firmes en la convicción y en la posesión de su derecho inmanente (que existe, que queda, que permanece siempre) é inalienable (de que no puede despojarse), se cuadrarán ante los sacerdotes, los gobernantes y los ricos, diciéndoles:

—Vuestros ritos, vuestras leyes y vuestras usurpaciones representan la negación de la fraternidad genérica de todos y un fraude contra nuestro derecho.

Por la astucia y por la fuerza habéis prolongado vuestro dominio; por la primera, llamándonos hermanos en la mentira mística y compatriotas y conciudadanos en la mentira nacional y política, y por la segunda, sujetándonos al rigor económico y á la amenaza de la fuerza pública.

A la altura á que hemos llegado, semejante estado es insostenible: dos causas poderosas lo impiden: nuestra conciencia y voluntad, que no se somete ya á la explotación, y vuestro absurdo egoísmo, que os ha llevado á fundar el imperio absoluto del dinero, que conduce á confluir todas las riquezas naturales y todas las creadas por la humanidad durante una larga serie de siglos en manos de un estúpido millonario.

Y á tal punto llega vuestra debilidad, que, según confesión de un estadista, Silvela, «*Si al venir á la vida pública las masas que hemos traído con el sufragio universal, si al regimientarse con la prensa de gran circulación, al ofrecerse como elemento y materia para partidos nuevos... todo eso hubiera coincidido con el mantenimiento de las antiguas fuerzas y con el primitivo fusil y la bolsa de pólvora y balas que bastaban para constituir un soldado á principios del siglo XIX, quizás nos encontraríamos hoy frente á frente de una revolución sangrienta; de suerte que ese máiser de que se habla con desprecio, y que ha relegado á los museos de antigüedades las barricadas de otros tiempos, ese es el que constituye la garantía de la prudencia y de la mesura de los partidos socialistas*».

Bien categórica es la declaración, no atestigüamos con el juicio de un sectario exaltado, sino con el de un estadista reaccionario que confiesa paladinamente su impotencia, reconociendo que el privilegio no está contenido ya por el temor de las penas eternas, ni por el halago de las recompensas celestiales, ni por el respeto de las altas jerarquías de la sociedad, ni por nada de aquello que temían y veneraban nuestros antepasados, sino por el máiser de Ambrosio, tan eficaz para el caso como la famosa carabina del dicho popular.

Si, sépanlo todos; el actual régimen social no tiene ya arraigo en las conciencias, carece de la sanción popular, vive sostenido por la fuerza y durará hasta que eso que se llama las masas releguen á su vez á los museos de antigüedades esos máisers cuyo actual poder es transitorio y fugaz ante el poder invencible de la idea de justicia.

En tal situación, lo que falta al proletariado para terminar su obra es relativamente poca cosa; lo más importante, que era la fijeza en el ideal emancipador, se va consiguiendo con la rapidez que indica esa acción de protesta y de rebeldía incansante que se observa en todo el mundo civilizado; sólo falta unificar la acción, y alguna importancia tienen ya en este sentido los trabajos que viene haciendo el sindicalismo para la fundación de una nueva Internacional destinada á efectuar la legítima, la positiva y también la definitiva huelga general.

Jamás tuvieron los luchadores por el progreso de la humanidad situación más ventajosa ni perspectiva más segura del triunfo.

ANSELMO LORENZO

Otro desengaño

Hace algunos días leímos en un periódico un escrito del periodista militar, entonces preso, señor Piñal, lamentándose de que, por no haber estado nunca preso el señor Canalejas, no pudiese darse cuenta exacta de la situación del recluso que ha perdido la libertad entre los aptausos de la conciencia, sin pérdida de la pública estimación.

Es muy lógico que quien no ha pasado por el dolor de recibir, tras la reja, sencilla ó la doble reja, el consuelo de los deudos, de aquellos que han compartido con nosotros la vida, sus cortas alegrías y sus largos quebrantos, y de los amigos, para quienes el amor crece con la persecución del sér amado, no pueden darse cuenta exacta ni medir el grave daño infligido al preso, á su familia, á sus intereses, á su salud.